

INVITACIÓN A LA LECTURA

Clara Gallini *

Uno

La iniciativa de relanzar la obra y el pensamiento de Ernesto De Martino a través de un congreso internacional es de suyo importante, porque apunta al reconocimiento de un estudioso que merece ser conocido fuera de los estrechos confines de su país de origen. Mucho más significa darle su nombre a una cátedra de investigación y proponerse la traducción de sus principales obras a una lengua que es una de las más difundidas en el mundo. No es casual que este par de acontecimientos, por decirlo así, fundadores, hayan sido determinados en esta precisa coyuntura histórica, marcada por la necesidad cada vez más apremiante de repensar un mundo que parece tornarse más y más incomprensible.

Ernesto De Martino es, sin duda, uno de los más grandes intelectuales italianos del siglo xx; su investigación, su pensamiento y su escritura misma presentan características de una enorme complejidad, que se abren en direcciones diversas: lo que somete a interrogatorio no es sólo el campo de la cultura popular italiana, sino también el de la historia y la teoría de las religiones, de la antropología de lo simbólico como práctica y como representación, con aperturas importantes hacia la antropología filosófica, la epistemología y la misma psiquiatría.

Sin embargo, su atipicidad, el hecho de salirse de los esquemas, ha dificultado mucho la recepción de su obra en Italia y con mayor razón en Europa, donde, excepciones aparte, es relativamente reciente el pleno y consciente reconocimiento del alcance de su obra y del nuevo uso que cabe darle. En ese *renacimiento* se sitúa la iniciativa mexicana, que nos llena de entusiasmo y a la que auguramos el mayor de los éxitos.

Pienso que es buen momento para que Ernesto De Martino sea por fin comprendido, si no en sus resultados, al menos en sus intenciones. Me parece que en la actualidad las disciplinas antropológicas experimentan una honda inquietud de cara al desafío de una transformación mundial que exige nuevas formas de análisis y de intervención. La crisis misma de los diversos y sucesivos paradigmas —del paradigma *fuerte* del estructuralismo al *débil* del interpretacionismo— señala la cada vez más apremiante toma de conciencia de la necesidad de revisar los fundamentos teóricos y metodológicos de una antropología que mire de un modo nuevo la relevancia y la función económico-política asumida por la cultura en general y de la cultura en singular, particularmente en el interior de los procesos de globalización.

En ese contexto no es azaroso el *redescubrimiento* de un autor que hoy parece más actual y vigente en su incesante, *metodológico*, cuestionamiento de las relaciones entre sujeto y cultura, entre crisis y rescate, entre símbolos y valores.

* Antropóloga cultural.
Universidad de Roma (La
Sapienza), Italia

Traducción de Alfredo Gurza
González

Dos

En este punto debo confesar mi dificultad cada vez que me veo obligada a pronunciar unas pocas palabras de carácter introductorio para presentar el perfil biobibliográfico de nuestro estudioso. Me parece un paso necesario pero insuficiente y por ello le dedicaré el más breve espacio posible, confinándolo a un párrafo del que podrá prescindir el lector ya suficientemente informado.

Nacido en 1908 en Nápoles, Ernesto De Martino realizó sus estudios en esa ciudad, como discípulo de Adolfo Omodeo, historiador del cristianismo. Se aproximó así a Benedetto Croce, cuya filosofía asimiló en direcciones innovadoras para su tiempo. Su primer libro *Naturalismo e historicismo en la etnología* (1941) reexamina críticamente las principales corrientes de la etnología euroamericana, para afirmar la exigencia de abrir el historicismo italiano al estudio de las civilizaciones *primitivas*, con el fin de ensanchar nuestra propia autoconciencia. Muy discutido fue y sigue siendo *Mundo mágico* (terminado en 1945 y editado en 1948) que sobre la base de una amplia documentación etnográfica aborda el problema de la *realidad de los poderes mágicos* e introduce —no sin repensar a conciencia las filosofías existenciales alemana e italiana— los conceptos, relacionados entre sí, de *crisis de la presencia* y de *reintegración cultural* mediada de la magia y la religión. En subsiguientes escritos teóricos varios (reunidos parcialmente en *Furor, símbolo, valor* de 1962) precisará la naturaleza del proceso de *deshistorificación* que permite al mito y al rito constituirse como modelo resolutivo e iterable.

No obstante, la dimensión de este personaje no se agota en la gran tensión teórica que hace de él uno de los pensadores más interesantes del siglo xx. La tentativa ético-transformativa de lo real, la toma de partido que lo verá adherirse como partisano a la resistencia antifascista y más tarde como militante de los partidos de izquierda (PSI y luego PCI) marcan de modo siempre coherente un estilo de vida con la impronta de los ideales del *compromiso político* en los difíciles años de la Guerra Fría.

En ese medio halló su razón de ser la larga estancia de investigación etnográfica en el mediodía de Italia, en regiones fuertemente marcadas por la miseria de los campesinos: su propósito —tanto cognoscitivo como político— fue hacer la lectura en términos *culturales* de la *cuestión meridional*, que hasta entonces había sido objeto de un estudio y de una denuncia de orden predominantemente social y económico. ¿No es una sugerencia que habría que proponer hoy a tantos economistas de la globalización?

De Martino individualizó el terreno más significativo de la tradición cultural del mediodía italiano en una serie de prácticas y representaciones de orden mágico-religioso, que no quiso definir como productos *sincréticos* sino como procesos de hibridación cultural determinados en el interior de nuestro catolicismo. Su





Foto: Hermanos Mayo, AGN

perspectiva analítica apuntaba a considerar cada fenómeno analizado como algo dado dentro de una relación dialéctica y contradictoria entre cultura hegemónica y cultura subalterna (en esto, con observaciones críticas al pensamiento de Gramsci). Nacieron así en sucesión tres libros, sobre los que descansa principalmente la fama de este autor.

Muerte y llanto ritual en el mundo antiguo (1958) parte de la etnografía del lamento fúnebre en la región de la Lucania para después abrirse a la confrontación con el ámbito mediterráneo, volver de aquí al mundo antiguo y, finalmente, a la polémica cristiana en el enfrentamiento no sólo en torno a una práctica, sino a toda una concepción de la

vida y de la muerte. *Sur y magia* recorre la etnografía de una serie de prácticas y creencias de orden mágico para reflexionar sobre la naturaleza reticular del catolicismo meridional. Por último, el ejemplo de la *jettatura* napolitana se torna el sitio de reflexiones acerca de los resultados contradictorios del encuentro entre magia y racionalidad en el marco histórico-cultural de la Ilustración napolitana.

La tierra del remordimiento (1961) estudia el *tarantismo* presente entonces todavía en una región de Puglia, Salento, y que consiste en la terapia coreomusical de un *mal* que afligía sobre todo a las mujeres, en verano, y cuyo origen era atribuido a la mordedura de una araña mítica, la tarántula. La investigación de campo requirió la constitución de un equipo interdisciplinario, con apertura importante hacia la etnomusicología y la psiquiatría. A su vez, el análisis de la imponente documentación diacrónica permitió hallar los orígenes históricos de una práctica interpretada como una *neoformación* de probable origen medieval; una actividad que en un principio involucraba a personas de todos los estratos sociales pero que poco a poco fue marginalizada, incluso por intervención de la Iglesia.

La enfermedad y después la muerte sorprendieron al estudioso mientras trabajaba en el proyecto de un libro acerca de los apocalipsis culturales en el mundo antiguo y en la edad moderna, dejando una montaña de notas que fueron editadas de manera póstuma en *El fin del mundo. Contribución al análisis de los apocalipsis culturales* (1977, a cargo de C. Gallini). En esas páginas asoma la gran tensión teórica de un autor que, trabajando en torno a los conceptos de *crisis* y *ethos de la trascendencia en los valores*, va explorando todos los posibles senderos cognitivos con un método complejo pero ecléctico.

Tres

Antropología, historia de las religiones, psiquiatría, filosofía: he aquí las diversas direcciones que concurren a la formación de la unidad interna del pensamiento y de la investigación de este gran intelectual. Hasta ahora, aun en los momentos de mayor fortuna de su obra, la lectura que se ha hecho de este autor tan complejo ha procedido por fragmentos, privilegiando algunas direcciones: primera entre todas, la del estudio de los aspectos mágico-religiosos de la cultura popular del mediodía italiano. Las diversas traducciones en lenguas extranjeras —al español, francés, inglés, alemán y polaco— han dado a conocer en el exterior algunos juicios singulares, considerados más significativos o de más fácil acceso, sin restituir la imagen compleja del autor.

El importante cambio de tendencia que se perfila, aun en el ámbito internacional, es reciente; un cambio producto también de la labor de muchos años de unos cuantos *testarudos* (como la que esto escribe, y no me avergüenza afirmarlo) que han trabajado arduamente en el mantenimiento de una presencia cuya eficacia cultural debía todavía dar todos sus frutos. Las novedades principales que emergen respecto al pasado pueden reconocerse en diversas direcciones de estudio del método demartiniano: en Italia, las teorías del génesis de lo sagrado (Marcello Massenzio) y de los procedimientos de hibridación cultural (Clara Gallini); en Francia, la antropología de lo simbólico (Daniel Fabre, Giordana Charuty); en Estados Unidos, la epistemología releída a la luz del interpretativismo (George Sounders).

De esto y más se discutió en 1995, en el congreso internacional *Ernesto De Martino en la cultura europea*, que permitió por fin la convergencia de las más diversas voces que contribuyen a recomponer la unidad interna del pensamiento y la investigación de un intelectual que ejerció su pensamiento en muy diversos ámbitos del saber humanista, explorando los confines y poniéndolos en recíproca relación. Escribimos entonces:

Recomponer la unidad no significa yuxtaponer diversas partes hipotéticas, ni pretender haber delimitado, de una vez por todas, la esencia última de un autor. Significa más bien explorar el laborioso proceso intelectual que condujo a las grandes síntesis teórica y metodológica, concretándose de manera paralela en la investigación singular.

El volumen publicado en 1997 por la editorial Liguori (a cargo de C. Gallini y M. Massenzio) busca justamente restituir ese nuevo sentido de una experiencia polifónica irrepetible en los contextos culturales de hoy.



Foto: Manuel Ríos

Cuatro

A partir de esas premisas, limitaré mi intervención a tratar algunos aspectos del método con el que De Martino marcó su investigación y sus escritos.

Comenzaré por proponer algunas observaciones, dirigidas sobre todo al público estudiantil más joven que no ha tenido ocasión de acercarse a los textos de De Martino. Cuando esa ocasión se presente, no podrán –y de eso estoy segura– dejar de responder al llamado que emana de cada página, colmadas como están de racionalidad y de pasión.

De Martino no es sólo el gran estudioso que ahora conocemos todos. Es un autor en todo el sentido de la palabra. Sabía escribir, conjuntando esa mezcla de pulcritud intelectual y turgencia pasional que constituye la más evidente marca de estilo y que confiere a sus páginas esa capacidad incisiva a la que aludíamos. Esa capacidad se benefició de una labor larga y deliberada, que apuntaba hacia un nivel *alto* de una comunicación entendida como pedagogía del ser propio y del otro. Con el tiempo, su escritura se va depurando, se torna vigilada y preñada al máximo de sentido, como resultado de un continuo poner a prueba, del cual dan testimonio las numerosas versiones que se conservan entre sus cartas.

El término *barroco* ha parecido a algunos el más apropiado para definir los resultados estilísticos de un estudioso que ha nacido y crecido en una ciudad *barroca* como Nápoles, y que en el pensamiento y la escritura de Giovanni Battista Vico halló materia para una profunda consonancia. En este sentido, consonancias ulteriores y no menos profundas con De Martino un lector mexicano, capaz de reconocer la afinidad histórico-cultural subyacente a las historias de dos países con una plurisecular historia común que ha dado lugar a procesos culturales paralelos, autónomos pero comparables.

La naturaleza *barroca* de la escritura demartiniana no debe, sin embargo, ser entendida en un sentido limitante, como el mero sedimentarse de una tradición. Es también el fruto de elecciones muy conscientes y absolutamente anticipatorias. De Martino es uno de los pocos antropólogos de su generación que se expuso como sujeto: un sujeto observador y al mismo tiempo interpretador de una realidad constituida por otros sujetos. Algunos de sus textos –por ejemplo el extraordinario *Notas de viaje*, un ensayo de 1953, o la



Díaz, Delgado y García, AGN

misma obra *La tierra del remordimiento*— están escritos en primera persona y muestran en escena al personaje mismo del etnólogo, que se pone a disposición como hilo conductor de una investigación que es también un relato. En todas sus páginas vibra una subjetividad apenas disfrazada, que exige como necesidad metodológica declarar las condiciones en las que se realiza una investigación.

Perentorio, el yo narrador pone en escena las pasiones desencadenadas en él en la relación etnológica: piedad, bochorno, incluso vergüenza o rabia... Pero estos sentimientos, estas pasiones, no son reveladas como causas, sino como efectos de una relación que presupone también, en su interior, una serie de determinantes culturales y de clase y que ve el enfrentamiento del intelectual burgués por una parte y el campesino pobre por la otra.

La cuestión tiene evidentes implicaciones políticas y sin duda está ligada a los grandes ideales del empeño del intelectual, que impulsaron y sostuvieron las mejores de nuestras investigaciones etnográficas de la primera década de la posguerra. Pero también tiene un alcance más general, de orden metodológico, estrechamente ligado al procedimiento a través del cual De Martino ponía a prueba su propia epistemología.

Cinco

Declararse él mismo no significaba poner en escena algunas pasiones para revelar su naturaleza. Significaba *poner las cartas sobre la mesa*, para él y para el lector. Si analizamos sus escritos —ya sean los teóricos o los estrictamente etnográficos— vemos el despliegue de un esfuerzo interpretativo digno de consideración. Es sobre todo de esta parte del pensamiento de De Martino que quiero ocuparme aquí, porque me parece que es susceptible de muchos desarrollos no del todo considerados todavía.

Poner las cartas sobre la mesa significaba sobre todo proponerse individualizar y anudar el propio sistema de referencias culturales, a fin de que no determinaran de manera inconsciente la orientación de una investigación.

Es apasionante seguir el itinerario que se desarrolla en De Martino en la elaboración de su pensamiento en torno a estos argumentos. Por ejemplo, ya en



Foto: Jorge Azueta

mundo mágico insiste sobre este tema: no podemos hacernos cargo de un término sin conocer la historia interna de una polémica antimagia que ha caracterizado la historia de Occidente, del cristianismo al menos hasta el cientificismo decimonónico: el primero combate la magia como error de la fe y el segundo la *medicalizó* como error de la razón. Más tarde, el volumen *Magia y civilización* reunió y comentó una antología de textos conspicuos sobre ese argumento.

Nuestros parámetros de referencia, como productos históricos, van sobrepuestos a una operación que ahora llamamos *destrucción*, pero que para De Martino no debía desembocar en una mera denuncia como fin en sí misma, paralizante de los resultados cognoscitivos. Pero hay más y a esto parece haber llegado nuestro estudioso a raíz de reflexiones ulteriores. Los criterios mismos representativos de un objeto no se explican sólo en el ámbito cognoscitivo. Al contrario, poseen una ínsita eficacia práctica, que se torna tanto más incisiva cuanto más los marcos representativos se transforman en enunciado fuerte, dominante.

Por ejemplo, en *La tierra del remordimiento*, el comentario histórico sigue la transformación de los juicios expresos de la cultura sapiente, en la confrontación con el fenómeno del tarantismo desde el Renacimiento hasta la época crucial de la Ilustración. La historia de esos juicios está evidentemente marcada por un pronunciado distanciamiento respecto a todas las expresiones de la cultura popular, que termina por provocar el aislamiento. Además, es una historia marcada por el predominio progresivo del discurso médico, con consecuencias aun más incisivas sobre la transformación de todo el aparato simbólico del tarantismo, que llegará a ser representado en los términos médicos de una *enfermedad* que requiere cura.

Seis

De Martino aparece como un intelectual marcado por un gran rigor y profundas inquietudes. Largamente ejerció su propia reflexión en torno a la temática trágica de la crisis del sujeto, entendida como riesgo antropológico constante, culturalmente determinado.

Ya a partir de *Mundo mágico*, De Martino individualizó en la práctica *mágica* y en sus representaciones relativas un dispositivo de salvación que operaba según modalidades propias y específicas, capaces de dar sentido a lo indecible. La senda mágica sería así un plano definido como *metahistoria* y que nosotros podemos traducir en términos de *esencialización*: en el interior de ese plano mítico se sitúan tanto la imagen de la afección como la de su resolución, modeladas ambas en una forma de *por siempre*, que hace posible la iteración ritual.

Esta parte, muy fuerte, del pensamiento de De Martino contiene ulteriores implicaciones de orden teórico, que conciernen el génesis y la naturaleza de todo el universo de la religión. Dedicados por entero a esta temática, los trabajos de



Panteón judío en Praga

Carlo Tullio Altan (*Sujeto, símbolo, valor*, Ed. Feltrinelli) y de Marcello Massenzio (*Historia y metahistoria. Los fundamentos de una teoría de los sagrado*, Ed. Argo) restituyen el desarrollo progresivo de un pensamiento que se ejerció en ese sentido desde los últimos escritos y que representa la premisa necesaria de cuanto me propongo examinar ahora, por lo que continúan los argumentos con los que iniciamos nuestro discurso acerca de las implicaciones cognitivas del método de investigación demartiniano.

Toda aproximación al estudio de un complejo simbólico de orden mágico-religioso supone necesariamente un proceso de develación. El cometido del estudioso es llegar a individualizar la dinámica que ha conducido al génesis, a la estructuración formal y a la función socio-cultural de tal complejo, en cuanto producto histórico preciso e irrepetible. Este objetivo se persigue por dos vías distintas pero relacionadas: por un lado, la autocrítica de las categorías puestas en juego por el sujeto que analiza; por el otro, el pleno respeto de las otras categorías, objeto de conocimiento. Esto no significa, sin embargo, ponerse como fin la identificación entre el discurso propio y el otro. La posición de De Martino es muy clara en ese sentido y pone en guardia al lector contra toda forma de relativismo.

El etnógrafo debe cuidarse del peligro de la confusión. De cara a los sistemas de representaciones, cura y alivio mágico de determinados males –y sus investigaciones nos brindan una clara serie de ejemplos– el primer cuidado que hay que tener es el de registrar el léxico local: sería un error subsumirlo bajo algún esquema gnoseográfico proveniente de nuestra medicina. No fue sino hasta años más tarde que las nuevas disciplinas de la etnopsiquiatría y la etnomedicina asumieron presupuestos comparables a los de este autor, a quien ahora se comienza –aunque no por parte de todos– a rendir el merecido reconocimiento.

En los años en que De Martino comenzaba a trabajar en esta dirección le resultó muy fructífero el encuentro con la gran etnografía de Shirokogorov, que tomó distancia explícita de todas las interpretaciones del chamanismo siberiano que lo habían constreñido en el marco de una lectura medicalizante y, en este sentido, viciada de prejuicios etnocéntricos. La de Shirokogorov era, sobre todo, una posición ética que le permitía una aproximación respetuosa hacia las formas expresivas de valorar en términos culturales, no patologizantes. Por lo que toca a De Martino, ya sabemos de su característica de lector de muy amplio espectro y, a su manera, caníbal, como se ha comprobado en este caso. Pero su evidente apropiación de las intuiciones de este etnólogo relabora el sentido inicial, para transformarlo en un complejo



Díaz, Delgado y García, 1908

interrogativo sobre el método, para cuestionar las formas de relación cognoscitiva inherentes a la práctica de la investigación etnográfica. El verdadero objeto puesto en cuestión resulta ser el propio análisis de esos procesos que ahora señalamos con el término de *interculturales*, con un interés que apenas recientemente ha emergido en el campo de la investigación antropológica.

Siete

En cuanto a la cuestión religiosa, uno de los puntos firmes de los que De Martino nunca desistió consiste en su gran autonomía respecto de las dos posiciones encontradas que marcaban la cultura de su tiempo: por un lado, un laicismo ideológico al borde del anticlericalismo –y por lo tanto, tendencialmente cerrado a la comprensión de cuanto de histórico y de humano hay en las representaciones y las prácticas religiosas– y por el otro, un confesionalismo empeñado en la propia certeza de una fe que debía ser comprendida, ella misma, en sus raíces históricas y humanas.

En varios escritos, pero sobre todo en muchas notas de *El fin del mundo*, De Martino insiste en la necesidad de confrontar, pero también de distinguir: distinguir entre sistema de creencias y método empleado para su conocimiento; entre testimonio irreflexivo e interpretación crítica. Apostar por ese orden de distinciones y por el análisis histórico-crítico de la distinción misma es asumir una posición antirrelativista en todos sentidos, que hoy más que nunca merece ser reconsiderada. Las notas mismas acerca del *etnocentrismo crítico*, que representan una de las partes de *El fin del mundo* más resaltada y valorizada hoy por la crítica demartiniana reciente, se inscriben en un contexto de exigencias epistemológicas comparables; pero ahora lo que problematiza no es tanto la distinción entre testimonio y análisis como el tema del *encuentro etnográfico*, es decir el pasaje a través de la alteridad cultural, vivido como compromiso ético y cognoscitivo cada vez más urgente en la sociedad moderna. De Martino señala también todos los peligros de una travesía que puede convertirse en abdicación y pérdida de sí mismo; de ahí la propuesta de un *etnocentrismo crítico* como ejercicio a la vez de desconstrucción y de fidelidad: crítica de los propios parámetros de juicio, modelos de referencia, sistemas de valores, sin por ello renunciar a reconocernos como herederos de una tradición cultural que a fin de cuentas nos ha construido y que sería poco realista, además de sumamente peligroso, creer que podemos abandonar radicalmente.

He delineado una sola de las tantas trayectorias de un pensamiento y de una investigación capaces de ordenar todas las demás posibles, de manera a la vez dúctil y dotada de fuerte coherencia. Quiere ser sencillamente una invitación a ir más allá de mi limitada sugerencia para abrirse al descubrimiento de un autor que con tanta anticipación supo individualizar problemáticas cuya actualidad es manifiesta hoy.✠

